

domingo 6 de noviembre de 1983

En el nacimiento mismo de nuestra nación, José Joaquín Fernández de Lizardi estableció lo que debiera ser la consigna de todo régimen adicto al interés nacional, y hasta convertirse, según el modo en que se cumpla, en el parámetro de su legitimidad histórica: "El gobierno no debe consultar con el gusto y la avaricia de los ricos, sino con la justicia y el bien general de la nación".

El cotejo de esa advertencia con la realidad de hoy produce la convicción de que el gobierno ha preferido a los ricos que a la mayoría de la nación, y sobre ésta ha cargado, sabiéndolo, el peso del esfuerzo para salir de la crisis. Ha añadido un agravante a su elección, que consiste en preferirse a sí mismo sobre la nación. Actúa como si supusiera del todo punto necesario salvarse a sí mismo antes de salvar al país, sin advertir el riesgo de que en ese proceso el país sufra daños de tal modo profundos que su salvación sea imposible.

Las más recientes medidas económicas así lo confirman. Se han decretado nuevos aumentos de precios, algunos de los cuales, como el de los combustibles, causarán como está ya demostrándose, una escalada atroz aun en bienes sujetos a control administrativo. Se elaboran sesudas justificaciones de tales aumentos y en ellas casi todos los elementos de la cuestión están presentes, menos el que concierne al aspecto humano de la crisis.

La angustia de los trabajadores porque su salario paga cada día menos cosas, y la angustia aún mayor de quienes pierden su empleo, no son variables incluidas en los análisis económicos gubernamentales. Por ello es posible, en una perspectiva

## Gobernar para la mayoría

Miguel Angel Granados Chapa

que recoja los datos de la economía en su conjunto, hasta encontrar factores positivos, como el superávit en la balanza de pagos. Pero cuando se desciende de las altas oficinas al ras de la calle, allí donde se brega cotidianamente por la comida, por pagar la renta, por remendar la ropa, el asunto adquiere manifiestamente otro color.

No se diga que actitudes como la evidenciada en esta nota son populistas y están impregnadas de un sentimentalismo irreal. Al fin y al cabo, se gobierna para los hombres, no para las cosas. Y aun si se dice que conservar la planta productiva, por ejemplo (que es tratar bien a las cosas) es condición para que el beneficio llegue a las personas, lo grave es que estamos quedándonos en la primera parte del razonamiento, es decir, a mitad del camino. El caso de la leche lo ilustra bien: su precio se ha incrementado para hacer rentable su producción, pero cada vez menos personas pueden comprarla. La eficiente y meritoria labor de Liconsa, la lechería de Conasupo, es insuficiente para paliar la disminución del lácteo en la dieta de muchos niños mexicanos. Los que ya no consumen leche, porque el eficientismo arrojó a sus padres fuera del mercado de compradores, reciben una condena para ahora y para después, pues su desnutrición los dejará en la condición de parias

por la cual sus padres no pueden procurarles la leche necesaria.

Los datos del empobrecimiento de los asalariados no los inventa la discordia civil. Son tan reales que aun la estadística oficial los recoge. Según el Banco de México y la Comisión Nacional de Salarios Mínimos, el ingreso obrero en el Distrito Federal ha disminuido su poder de compra en 27.5 por ciento en los nueve meses que corrieron de enero a septiembre pasados. Se razonaría entonces que los trabajadores viven mejor hoy que hace un año, porque el incremento salarial fue superior a ese porcentaje. Mas la verdad es que aquí habría que emplear el proceso de inducción seguido por los periodistas ante los reportes policíacos sobre la asistencia a mítines disidentes: a la cifra oficial hay que ponerle considerables añadidos para tener una aproximación suficiente a la realidad.

Más allá de la precisión estadística, y desechando la apariencia del consumismo clasemediero, la evidencia de la depauperación proletaria debiera ser el móvil para el trabajo gubernamental, aunque sólo fuera por razones de conveniencia política y no por el hecho primario del compadecimiento (el padecer con, el padecer juntos). Detener los precios no parece ser deseable o posible por el gobierno. Alzar los salarios sí debe serlo, en cambio. Ya se apuntan tendencias en tal sentido. Es preciso que prosperen. Las multitudes macilentas así lo reclaman. Para ellas ha de gobernarse. Ellas, con su silencio y su acatamiento, son la base en que se erigen la administración y los ricos. De esa suerte, para que no vacile la edificación, atiéndase a la estabilidad de los cimientos.